

»No robareis jamás el campo de otro, porque lo que el hombre ha labrado con su sudor es suyo. No deseareis su mujer, porque la mujer del hombre es su cuerpo y su alma: arrebatad de sus brazos este tesoro de su corazón, es robarle la parte de cielo que posee en la tierra!

»Os llevaréis bien hasta con los mismos brutos, porque Dios, que los crió, quiere que el hombre los ame; aunque en diferentes grados, ellos tienen también su parte de inteligencia y de alma, y así lo reconoceréis: leeréis en sus ojos la aurora de la razón, dudosa como un sueño, que despunta y se eleva; no sofocareis esta vaga claridad, presagio de inmortalidad y de luz; la respetareis, porque el ángel la respeta. Entre el hombre y el insecto hay una cadena de mil eslabones, y ya sea el primero, el de en medio ó el último, no insultéis á ninguno de ellos, porque todos dependen de Dios!

»No los ultrajeis aplicándoles nombres inspirados por el enojo; no pagéis su trabajo con el látigo ó la vara. Para satisfacer á su costa vuestros brutales apetitos, no les robeis la leche de sus hijuelos; no les reduzcais á una servidumbre feroz destrozando sus bocas con bocados de hierro, ni les abruméis bajo el peso de onerosos fardos. Antes al contrario, hacéd que os laman la mano y os presten su lomo. Desde el mammoth al corcel, desde el águila á la víbora, todos tienen su parte en el dominio del padre. Comprended su naturaleza, suavizad su suerte: el pacto entre ellos y vosotros no consiste en la muerte; vuestra ignorancia es lo único que ha engendrado el odio entre su raza amiga y nuestra raza humana: la justicia restablecería la paz entre vosotros. Procurad adivinar por qué los ha hecho Dios. Educad cada casta según su fin más conveniente; prestadles un rayo de vuestra inteli-

gencia; dulcificad sus costumbres siendo dulces con ellos y sed mediadores y jueces entre todos. ¡Que desde el tigre que se arrastra hasta el pajarillo que vuela, se regocije cada animal al oír la palabra humana! Y los voraces lobos saldrán de las selvas, y la cabra y el cordero se tenderán junto á ellos, y la sabiduría infinita restablecerá la primera armonía del Eden en todo cuanto vive!

»No establecereis jueces ni reyes para vengar la justicia ó dictaros leyes; porque si elevais al hombre sobre el hombre, sea cualquiera el nombre sagrado con que el mundo lo designe, al ver á sus hermanos postrados de hinojos ante él, creará en su orgullo que es más grande que vosotros, leerá en vuestros ojos el yugo de vuestras miserias, y tendréis tiranos donde Dios quiere hermanos tan sólo.

»Si algún hombre hace el mal ante el Señor, no tengais ley ni tribunal para juzgarle; para vengar con la muerte la muerte de la víctima, no obligueis al juez á cometer un asesinato legal; ignorad el nombre de ese hombre sangriento que castigando un desafuero parece incurrir en otro. Cuando todo corazón posee la ciencia del bien y del mal, el juez y el verdugo están en su conciencia: mientras el remordimiento no redima el crimen, la pena aplicada al culpable equivale al desmán cometido, y la justicia humana, creyéndose ultrajada por la ley de arriba, no se acalla en su corazón hasta haberse vengado!

»En cambio del perdón que el cielo nos concede, el don más bello del hombre es la misericordia; la debe á su hermano, á sí mismo, y al único que tiene sobre él derechos de juez y de vengador; la venganza ó el error inventaron el su-



ta el fondo por el último resplandor del sol poniente; al llegar á la entrada, apoyáronse contra los negros pilares del antro, y desde allí pudieron contemplar al anciano, sentado en el suelo en medio de él.

Tenia el santo libro cerrado sobre sus enjutas rodillas; su frente pálida estaba animada por la inspiración; y coloraba sus salientes pómulos un ligero matiz de las rosas de la vida que subía desde su corazón, como el fugitivo adiós del sol en su ocaso colora el horizonte oriental con vivos y rojizos fulgores. Por el leve temblor de sus labios, más descoloridos que de costumbre, conocíase que el anciano hablaba consigo mismo; mas él, como si algún vivo resplandor le deslumbrara, no veía ningún objeto entre su alma y Dios.

—Y ahora, Señor, decía en voz baja, ha terminado mi carrera; mi viejo cuerpo está ya cansado; ¡ah! bien sabes que mis días han sido largos y pesados: ¡oh Padre! alivíame de tan penosa carga. Llama ¡oh Dios mío! á tí á tu siervo que desfallece: ya no bajaré á la tumba con mi secreto; ya no llevaré tu santo nombre conmigo. Junto á mí tengo dos corazones infantiles en quienes depositar tu herencia; tu nombre, salvado por mí del vasto naufragio, será para ellos la prenda de un mundo rejuvenecido. Así como ellos han nacido de mí, así también nacerán de ellos otros hijos; estos lo transmitirán á los hijos de sus amores; tu gracia extenderá su trama por el mundo, y tus adoradores serán hijos de mi alma! Basta ya; basta ya; rompe el vil eslabón merced al cual el mundo habrá transmitido al mundo tu nombre. La tierra está como en suspenso á esta sola idea, que ya no morirá, Señor; pues la urna se ha vaciado: la tierra ha bebido tu ley para vivir y florecer de nuevo: ¡gloria á tu nombre divino! ¡Tú vives..... ya puedo morir!.....

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, y en el instante en que bajaba los brazos quedándose en la inmovilidad de un santo recogimiento, resonó en los aires un sordo ru-

mor parecido al vuelo repentino de las alas de la tempestad, cuando el relámpago y el rayo luchan bajo la nube y la mar hierve lanzando montes de espuma. El anciano se puso en pié de un salto, estrechó contra su seno al hermoso grupo, estremecido por tan insólito rumor, y los amantes y él fijaron en el cielo sus miradas.

No bien hubieron levantado los ojos cuando, con vuelo más estruendoso y más pronto que el relámpago, apareció en los aires una nave de extraña forma que, ocultando con sus anchurosas velas una gran porción del cielo, fué á parar á sus piés sobre las gradas del antro, haciendo retumbar todo el monte al choque. Al punto salieron de ella tres hombres con la espada en la mano, los cuales se precipitaron sobre el viejo exclamando:

—¡Rebelde! Al fin confesarás á los dioses. La roca misma no ha podido ocultarte á sus ojos: en vano has puesto esta distancia entre ellos y tú: mientras has vivido para negar su poder, y tu mano traía desasosegado al mundo esparciendo semillas de duda y de impiedad; mientras tú le arrojabas desde las nubes las execrables páginas de tu libro infernal, has perturbado su sueño y amargado sus placeres: pero este momento devuelve la robustez y firmeza á su santo templo conmovido; ¡el libro! ¡entreganos tu vida ó el libro! ¡Mónstruo, invoca á los dioses ó ha llegado tu última hora!

Uno de ellos, asiendo de la garganta al anciano, alzó el puñal sobre su pecho, en tanto que los otros, recorriendo la sombría caverna, á la pálida y macilenta luz crepuscular, vieron el libro entreabierto á sus piés y descubrieron en un rincón á la temblorosa pareja.

Cedar, que los tomaba por potencias celestiales, estaba ante ellos como un hombre fulminado, y echándose á sus piés con la frente en el suelo, aguardaba sin murmurar que le encadenasen. Daidha, por su parte, refugiándose más y más en la protectora sombra y pegándose á la roca como una es-

talactita, estrechó á los gemelos contra su seno, como si quisiera defenderlos del puñal asesino, pero con tanta fuerza, que las criaturas sintieron durmiendo el vehemente abrazo de su madre, y dieron un leve grito que reveló su presencia. El primero que vió á Daidha quedó como deslumbrado al contemplar sus facciones; la antorcha tembló en sus manos al examinar aquella belleza sobrenatural en una mujer, belleza como jamás se ofreció otra alguna á sus ojos en el cenagal de este mundo impío y caduco. Con un ademán llamó á sus compañeros, los cuales temían acercarse á ella, ¡tanta gracia radiaba de su rostro, y hasta tal punto pasaron en un instante sus ojos, deslumbrados por tal aparición, del odio al amor! ¡Oh! ¿Quién no habría admirado la imprevista maravilla que resplandecía á su vista?

Al notar que los miembros de la jóven temblaban bajo sus cabellos, aquellos hombres se acercaron más tranquilos ya, diciendo:

—Estos séres, de raza más pura, ¿son de nuestra misma naturaleza? ¿Son una hija y un hijo de los hombres de otra época, algunos de los cuales, según se dice, viven errantes en los bosques, y que Adonai, valiéndose de sus mágicas artes, habrá hecho caer en sus lazos, reteniéndolos esclavos? ¿Será una aparición fruto de su magia ó una creación de su arte infernal? ¿Serán sombras que ha hecho surgir para recreo de su soledad, y que se disiparán y desaparecerán al acercarnos nosotros? ¡Oh! ¡Si pudiéramos arrebatarnos de este sitio, qué recompensas nos darian las reinas y los dioses!

Y alentada su audacia al decir esto, cogieron á Daidha entorpecida por el miedo; atáronla en seguida de piés y manos, cuidando de no apretar demasiado sus miembros delicados, como ata el pajarero las patas de las tortolillas temeroso de estropear el plumon de sus alas; dejaron sobre su seno á sus hijos que seguían durmiendo, y volviéronse en seguida á realizar su siniestro designio.

Sin hacer caso del puñal levantado por mortífera mano, tranquilo y orando con la vista fija en el cielo, Adonai parecía suspirar de anhelo por recibir aquel golpe que amenazaba su corazón, considerándose feliz con que aquella gota suprema de su sangre fuese una postrera blasfemia contra aquellos dioses falaces y cayese, inflamada de martirio y de fé, en la mano de Aquel á cuya ley servía de sello. Enfurecidos sus verdugos al ver tanta calma y serenidad, probaron á tentar su fé por la esperanza, y suspendieron momentáneamente aquella muerte.

—No; que decida él solo de su suerte; que sea su propio juez y su verdugo, dijeron.

Y en seguida le llevaron al borde del precipicio, al sitio en que la peña, más tajada y profunda, permitía que la vista llegara hasta el mismo fondo del abismo, allí donde las rocas inundadas por el mar se llenaban de espuma á más de cien codos de altura, y cuyo solo aspecto causaba irresistibles vértigos. Ciñéronle una cuerda á la cintura, y con una de sus puntas le ataron á la cresta de una roca de forma extraña, como se ata un cable á un mástil, y poniéndose todos de pié dieron un empujón al anciano, cuyo cuerpo se balanceó en el vacío hasta donde llegaba la cuerda. Vibró ésta con el peso del anciano, haciéndole chocar contra los ángulos de las peñas, mientras los eternos embates del mugiente cabo magullaron contra la roca sus miembros y su cabeza.

Aquellos hombres feroces dejaron que el santo viejo estuviese largo tiempo considerando el mar, la profundidad del abismo, cien muertes de una sola mirada. Veían cómo aquellas manos, separadas por el horror, aferraban las puntas ensangrentadas de las agudas rocas; cómo crispaba el instinto vital aquellos temblorosos y decrepitos miembros, y cómo se desprendían los blancos cabellos de aquella frente pálida; luego, cuando su crueldad supuso que semejante tormento había domeñado el espíritu y vencido á la naturaleza, incli-

nóse uno de ellos al borde del abismo con la espada en la mano, acercó su filo á la oscilante cuerda é introdujo en ella lentamente la mitad de la hoja.

—¡Adonai, le gritó, tu alma está pendiente de este acero! ¡Te suspendo de un hilo sobre el abismo y la muerte! Tu vida está en una sola palabra; di que te arrepientes, di que nuestros dioses son dioses, que el tuyo es un sueño; ó al punto hundo en la cuerda la otra mitad de la espada!

Una contraccion de sus brazos imprimió una vibracion á la cuerda al decir estas palabras, haciendo rebotar tres veces al anciano en el vacío en el que pendia su alma, y volviendo á atraerle mal herido contra la roca.

—¡Acabemos de una vez! aguardo tu último grito. ¿Quieres hablar ó no? ¿Ves? La cuerda se deshace y el abismo vengador muge esperando su presa.

Pero el anciano, alzando la vista serena y dulce, contestó:

—¿Qué aguardais? ¡Dios mio, creo en vos! ¡Creía cuando moraba en la mansion de la mentira y del crimen, he creído toda mi vida, y ahora creo sobre el abismo! Elévese y reviva tras mí este solo grito: caigo con mi fé entera en la muerte que siento ya!

La única respuesta que obtuvo esta exclamacion del generoso mártir fué el hundirse totalmente el cortante acero en la cuerda. Los verdugos asomando la cabeza á los bordes del abismo, vieron como se despeñaba, dando vueltas por el espacio, aquel cuerpo cuyos miembros desgarrados, cuyos cabellos y cuyas entrañas iban dejando ensangrentados jirones en las peñascosas paredes: largo tiempo estuvieron aguardando que el ruido terrible y sordo de su último choque subiera hasta ellos, y que resonó por fin en sus oidos remontándose desde el negro fondo del abismo; ruido tardío, pero terrorífico, como el eco del crimen; pero que aquellos hombres escucharon como pudieran haber oído cualquier otro rumor, sin que les infundiera espanto ni lástima alguna, bien así como el

pastor que, sentado en la cumbre de las colinas, echa á rodar una piedra al fondo de la barranca, y oye resonar con indiferencia el ruido del cuerpo que cae y se hace pedazos en lo profundo del abismo. Una punta avanzada de los negros escollos destrozó el cráneo y con él la mente del anciano; la espuma del mar jugueteando en aquellos peñascos, traía y llevaba el mutilado cadáver, y las águilas, triturando aquel cráneo secular, llevábanse á su guarida largas tiras de su piel.

Los inhumanos asesinos volvieron á entrar un momento en la gruta, avivaron el apagado fuego del hogar, y entregaron el sagrado libro á las llamas página por página, viéndolo arder cual si fuese un tósigo del alma que difundiendo por sus corazones justicia y libertad, pudiera sacar la verdad del sueño en que estaba sumida. Para que todo fulgor dispersado con él no dejase revivir un solo pensamiento, aventaron sus cenizas; pero el viento que Dios sopla y que engaña sus ojos, dispersó por el mundo entero las santas chispas de aquella ceniza abrasadora, cual sembrador divino que siembra donde Dios prescribe las simientes del espíritu para los pueblos futuros, de suerte que todas las naciones que el orbe encierra encontrasen más adelante en sus surcos el gérmen de aquellas semillas.

Entre tanto la pareja, testigo del martirio, lo habia visto todo de lejos llena de terror; la voz de la víctima y el rumor de su suplicio, habian llegado hasta ella desde el fondo del abismo, y suponiendo con fundamento que iba á sufrir la misma terrible suerte que el anciano, cambiaba ya entre sí una mirada postrera; mas aquellos sangrientos hombres, mitigando su saña, abrieron sus rudas manos para coger los hermosos cuerpos de ambos esposos como se cogen dos pájaros sin estropear su plumaje; los levantaron del suelo, los sacaron fuera de la gruta, y tendiéndolos á sus piés en el fondo de la navecilla, hicieron que se remontase á los aires

el oscilante esquife. Al sentir Cedar y su esposa que el suelo huía bajo ellos, creyeron que un ave descomunal los arrebatara en su vuelo, y no acertando á explicarse tan extraño misterio se alejaron de la tierra dándole un eterno adiós.

Ahora bien: aquellos carros, sublime invencion de los mortales, no eran, en las edades inmediatas á la creacion en que el arte conservaba su imperio sobre los elementos é imponía sus leyes á todo cuanto respira, no eran, repito, más que un arte humano, sagrado, misterioso, como secreto divino conservado entre los dioses y cuyo prestigio tan sólo conocian los iniciados para que produjera á la vista el efecto de un prodigio. Ciertos esclavos adscritos al fementido culto de los dioses los custodiaban en la oscuridad de la más elevada torre: en las mayores solemnidades de aquel culto terrible, el carro se elevaba invisible durante la noche, y vivisimamente iluminado de pronto en la region de los aires, se cernía como un sol sobre el pueblo asombrado y descendía al poco rato como si trajera á los dioses celestiales mensajes: la credulidad, hija de la supersticion y el servilismo, hacia que el populacho le mirara con tanto respeto como veneracion. Este arte, desaparecido, inicióse en Babel, y es el que busca todavía el mundo despues de diez mil años. Los hombres de aquel tiempo no habian tenido que hacer otra cosa sino mirar los aires para desafiarlos y aventurarse por ellos; el simple fenómeno de las alas del ave habia servido de ejemplo á la ciencia humana.

El carro tenia los costados redondeados como los de las aves; en su reducida concavidad llevaba un aparato del que salía á invisibles oleadas un misterioso fluido más ligero que el éter y que flotaba en el vacío, sustentando el peso del esquife en los aires como las aguas del Océano sustentan el de las naves. Sus tripulantes, arreglando el motor á las condiciones de la masa, subían y bajaban á su albedrío por el espacio, se remontaban más allá de las nubes ó rasan-

ban las cumbres de los montes; para allanar el camino del cielo á los nautas y preservar la barca de los escollos que pudieran hacerla zozobrar, un piloto imprimía su marcha á la leve embarcacion. El hábil impulso de un segundo aparato hacia que el flotante carro siguiese el rumbo deseado: del centro de la quilla salía un mástil con una vela de finísima tela de seda y lino, y además en el remate de la proa habia un gran fuelle movible que aspiraba el viento cual pulmon que se dilata, engolfaba en su seno una corriente de aire y trasmitiéndola á otro fuelle vacío colocado en la popa, le suministraba sin cesar el aire que de rechazo iba á hinchar la vela. Así, en virtud de un misterio supremo, un elemento servía para vencerse á sí mismo. Y el piloto sentado y puesta la mano en el timon, bogaba al sople igual de aquellos dos pulmones.

Los amantes, sentados al pié del oscilante mástil y asomados al borde de la barquilla, flotaban sin poder darse cuenta del doble movimiento que los sepultaba en el oscuro espacio. Los grandes balanceos de la ligera quilla, embates aéreos del vacilante éter, parecían lanzarlos de un astro á otro hasta los siete cielos, aturdían sus mentes incapaces de pensar, y los graves silbidos de la brisa nocturna avivaban, aunque sin despertarlo, su callado terror. Ora parecía encerrarles en su seno una lluviosa nube, y cual buque que zozobra en las cavernas del mar, hendían aquellas tinieblas palpables sumergidos en ellas, mientras sus cabellos, erizados de espanto, destilaban el agua del cielo sobre sus helados miembros; ora, saliendo de pronto de aquel piélago de nubes, parecían como si las estrellas lloviesen sobre sus rostros; luégo, á los procelosos vaivenes de las ondulaciones, los astros huían de constelacion en constelacion sobre sus cabezas, corriendo como la arena á las ráfagas del vendaval. No parecía sino que el cielo, entretenido en un horrible juego, se derrumbara sobre la vela en particulas de fuego; pero la barca, recobran-